

Memorias del miedo y el pan



La ballena de Alcalá

En una sala del museo de Alcalá de Guadaíra (Sevilla) se exhibe este esqueleto de ballena, de cinco metros y medio de longitud —un ejemplar joven—, de hace unos seis millones de años. La especie a la que pertenece se extinguió. La curiosidad para estas memorias estriba en que el fósil apareció en el bello y frondoso entorno del molino de La Aceña (fotografiado en la pared), uno de los muchos que producían la harina con la que se hacía el famoso pan de Alcalá, durante siglos. Ese lugar fue uno de los enclaves principales de la familia Massa, antepasada del autor de estas memorias, ya extinguida también. Según el amable lector vaya leyendo, verá que eso no quiere decir nada, o acaso sí, por la misma vía de un cierto realismo mítico, en el que Rodríguez Almodóvar inscribe su particular búsqueda de algo sólido, algo digno de ser contado, entre las brumas de antaño y los restos de una historia no autorizada por la tribu.

Antonio Rodríguez Almodóvar

Memorias del miedo y el pan

Alianza Editorial

Diseño de cubierta: Estrada Design
Fotografía de portada de Amador Toril
Fotografía de Antonio Rodríguez Almodóvar de José Luis Pereira. © EFE

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Antonio Rodríguez Almodóvar, 2018
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© de esta edición: Alianza Editorial, S.A., 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-128-2
Depósito legal: M. 4.733-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A María de Gracia, mi hermana querida.

Índice

13	Filipinas
21	El padre (1)
25	La madre (1)
29	El mundo
33	El loco
39	El virrey
47	La primavera
49	Las comilonas
53	El derribo
59	Los Medina
63	La Guerra
69	La abuela
79	Los bandos
83	El amor
89	Sor Catalina
99	Rosa
103	El escudo
107	Las candelas
113	Abuelo
121	Franco

125	La madre (2)
131	Obreros
137	Almodóvar
145	Freud
151	Flamenco
159	El jefe
165	La calavera
169	El príncipe
177	Rosarito
183	La cultura
197	García Lorca
207	La conciencia
213	La escalera
217	Milhojas
221	El hermano
227	El padre (2)
237	Tía Aurora
241	Tía Felisa
247	Los tíos
257	El carbonero
263	Tiendas
271	Economías
277	El suelo
283	El gato
289	Los juguetes
299	El castillo
305	Tío Joaquín
313	El azud
317	Hidalguía (1)

325	Hidalguía (2)
331	Orellanas
339	Alzhéimer
341	Jerez
349	Tío Tomás
359	Arroyomolinos
371	La Aceña
381	La muerte
397	Final
409	Árbol genealógico de Antonio Rodríguez Almodóvar (relativo a estas memorias)
415	Notas complementarias
433	Apéndice culinario
455	Semblanza profesional de Antonio Rodríguez Almodóvar
459	Bibliografía consultada y otras referencias
461	Agradecimientos

Filipinas

A TODO LO LARGO DE mi niñez, y aun después de haber alcanzado un mediano uso de razón, estuve escuchando infinidad de historias estupendas, relacionadas con antepasados de mi padre. Entre estos figuraba su abuelo materno, del que se decía que había sido *virrey de Filipinas*; así, con todas las letras. No era mi padre, sin embargo, el que se paraba en andanzas o ensoñaciones de otros tiempos. Por motivos que se comprenderán más adelante, él siempre fue parco en la materia. La narradora principal era mi hermana María de Gracia, la mayor de los cuatro hermanos, a la que siempre gustó repetir lo que le transmitía nuestra abuela Dolores, la última hija del presunto virrey. A través de largas sesiones de mecedora y brasero, fue depositándose en la memoria virginal de una niña la excitante trayectoria de esa rama familiar, antaño encumbrada, cuya verdadera enjundia consistió en haber participado en todas las agitaciones del intrincado siglo XIX, casi siempre del lado del caciquismo y los borbones. Finalmente, quedó descalabrada y perdida en los anales secundarios de la Historia. No diré que no se perdiera nada, o que no convenga averiguar qué pasó, por muy lejos que yo esté de pensar como la mayoría de esos ancestros. No sería de provecho para el conocimiento del pasado y, en particular, para acercarnos a cómo fue

la caída del Antiguo Régimen —si es que cayó—, en la trapisonda de una familia de esas características. Y por contraste, con cuánta dificultad se fueron abriendo camino las libertades —si es que llegaron— en este hermoso y desafortado país.

A mí aquellos relatos de sobremesa más me parecían otros tantos cuentos, como los que acudían desde una corriente bien distinta: la de la tradición oral. (La misma que, muchos años después, fui rescatando de la memoria viva de la gente, o lo que quedaba de ella). De manera que aquellos antepasados, con todo un *virrey* a la cabeza, para mí no eran más que una porción de la masa narrativa que, como todo niño, recibía con avidez natural, para ir armando el pensamiento simbólico y una primera visión del mundo contra el caos. Si lo prefieren, en palabras de Antonio Machado, para formar las *entendederas*. No sé si la amalgama que estoy tratando de describir podía ayudar a la construcción de ese andamiaje de la mente, o más bien sirvió para alimentar una imaginación, con trazas de acabar siendo ingobernable.

Lo curioso, según pude discernir más tarde, es que la mayoría de las anécdotas que componían aquella parte del imaginario familiar tenía algún fundamento en hechos realmente ocurridos, incluida la existencia de aquel fabuloso personaje, aunque no fuera un verdadero virrey; entre otras razones porque Filipinas nunca fue un virreinato. Por lo visto, o más bien lo oído, esa parte de mis antepasados fue gente distinguida, incluso de cierto abolengo, nucleada por el apellido Massa, que a mí me llega todavía en tercero, justo por donde acabará desapareciendo, pese a que estuvo enredado con otros muchos, conforme eran aquellas arborescencias de la familia extensa del penúltimo siglo; en este caso, adentrándose a buena parte del xx. Entre los miembros masculinos de la saga sobresalían tipos extravagantes, que se habían metido en situaciones increíbles, y a menudo divertidas. Se refería ese repertorio, sobre todo, al ámbito de lo privado,

que es el más jugoso, aunque no siempre el más significativo. Con frecuencia, asuntos de sábanas revueltas, pícaros relatos que se contaban delante de los niños, sin preocupación alguna, como si los niños fuéramos decididamente tontos.

Recuerdo, por ejemplo, lo que se contaba de uno de aquellos personajes, al parecer con amplio historial en un vasto mundo de promiscuidades: que se le había muerto una amante en la cama misma, y allí la dejó. No llamó al médico ni a la policía, y se fue a su casa, dado que era la hora de almorzar. A los postres, contó lo que había pasado. «¿Y tú no te has muerto también?», le espetó su hermana, que a la sazón ejercía de jefa del clan, y que tuvo que resolver el entuerto apurando influencias. (Se trata de tía María, una de las más destacadas y sufridas protagonistas de estas páginas, como ya se verá). Según cuentan, la esposa de otro de aquellos tipos acudió un día a probarse a casa de una modista, por primera vez. Al girarse en uno de los movimientos, vio una fotografía de su propio marido encima del aparato de radio. Con más que lógica curiosidad, preguntó qué hacía allí aquella foto. Y la modista, con no menos lógico orgullo, contestó: «Es mi novio. Pronto vamos a casarnos». No consta cómo acabó el percance, pero seguro que no fue pacífico. Un tercero iba un día en un taxi, ya sería por los años 40, en compañía de una amante —esto de las amantes, las *queridas*, que se decía entonces, ha dado mucho juego en mi familia—; en un determinado momento en que el vehículo se detuvo por algún motivo, la mujer del interfecto, que venía siguiéndoles, abrió una de las puertas traseras y se metió adentro. El sujeto no acertó más que a escapar por la otra puerta, y allí las dejó a las dos, tirándose de los pelos, literalmente. Contaré una más, que me ha llegado hace poco y que vuelve a tener como protagonista a una esposa despechada. Otro miembro de esa tribu, ya en pleno franquismo, y franquista de rango él mismo, estaba un

día en un prostíbulo, cuando le avisaron que su mujer se había presentado a las puertas, preguntando por él. Entonces el individuo salió pitando hacia la azotea, y por los tejados, de uno en otro, llegó a la de su casa, que no quedaba muy lejos. Por allí entró. A la esposa le dio tiempo de regresar al domicilio conyugal y toparse con el fugitivo cuando este ya bajaba unas escaleras, tan tranquilo. Allí mismo le afeó airadamente su conducta. Entonces el caballero, con el mayor desparpajo del mundo, lo negó todo, absolutamente todo. Lo malo es que, de cintura para abajo, no llevaba puesto nada, absolutamente nada.

No hay que ser un lince para inferir, de todos esos lances, un fondo de tenaz patriarcado, en lucha dominante con el poder femenino; algo que creo va a constituir uno de los cauces de esta crónica. Desde luego, historias como esas provocaban la risa a carcajadas en las tertulias familiares, creídos los mayores de que los niños no entendíamos nada. Lo entendíamos todo. E intuíamos que aquello de las *querías*, como se dice en andaluz, era una especie de licencia que se otorgaba a hombres de cierta posición para que tuvieran otra mujer, sin menoscabo de la ética ni de la arquitectura social. Y para solaz de los enterados, claro.

Tal vez piensen ustedes que este primer acercamiento a esa parte de la familia ha resultado un tanto frívolo, y no les faltará razón. Pero lo he hecho más o menos adrede. No niego que me atraía empezar por ahí, a manera de divertimento preliminar, aunque no es menos cierto que siempre me he preguntado a qué se deberá que, en esta clase de relatos, lo que sobrevive suelen ser anécdotas dispersas, restos a la deriva de un verdadero naufragio y a menudo de contenido sexual. Nunca materiales suficientes con los que armar una historia, cohesionada de principio a fin. Hoy pienso que ese tipo de anécdotas actúa precisamente de tapadera, para que no se vea lo demás, o para que

haya de buscarlo el que quiera. Por ejemplo yo, que he tenido que abrirme paso en un marasmo de nimiedades, además de testamentos, escrituras y cartas comidos por la humedad y el olvido. Probablemente ocurra algo semejante en lo que toca al discurrir de la Historia mayor, la de todos. En uno y otro caso, creo que se trata de un fenómeno de similar naturaleza: el de no querer, o no poder, afrontar el crudo relato de lo sucedido, generalmente por miedo a la verdad, que es el peor de todos los miedos. Y más aún en épocas de sucesos terribles y de grandes sacudidas morales, como las que trataré de esclarecer en estas páginas, la mayor parte de ellas a propósito de mi infancia, en torno a la posguerra y a la interminable dictadura franquista.

Tal vez eso explique que otras historias, que también proliferaban en las reuniones de mi infancia, fueran aquellos relatos pavorosos de las noches de invierno, que al final propendían a explosiones de risa catártica. Y a veces —desde luego en voz baja—, alguno que otro de fuerte contenido satírico, de princesas bobas y campesinos avispados que, después de doblegar la virtud de la heredera, renunciaban al casorio; o de chicas espabiladas que se burlaban de príncipes acosadores, de un modo, por cierto, descacharrante; o de curas y monjas sorprendidos en situaciones impúdicas, a causa de eso que ellos mismos denominan *el instinto carnal*. Ahora que lo pienso, tal vez las otras sesiones de expansión de la tertulia, con las aventuras picantes de aquellos desvergonzados, actuaban como otros tantos ritos compensatorios, tal vez eso que ahora llaman *risoterapia*. En fin, que de algo había que reírse cuando la realidad cotidiana, atenazada por el miedo y la necesidad, no brindaba demasiadas oportunidades de hacerlo.

Pero acerquémonos ya a ver cómo estaría actuando esa cierta *patología narrativa* en mi familia. En lugar central estaba la imponente figura de aquel personaje legendario, el (presunto) *virrey de Filipinas*,

cuya función principal era dejar encandilados a todos los oyentes y, de paso, esconder lo que había detrás, incluidos unos interminables viajes a aquel remoto archipiélago. A mayor atractivo, estos aún se hacían por el Cabo —era entre 1843 y 1849—, pues no se había abierto el Canal de Suez y la antigua ruta del «Galeón de Manila», desde Acapulco, ya había sido cancelada, como consecuencia de la independencia de México. Así que tres meses para ir y otros tantos para volver. Muchos relatos derivados de ese eje conductor aflúan torrencialmente a aquella sobremesa de mi modesto hogar. Comprenderán ustedes que por eso, y por la mezcla impropia con las otras narraciones, ciertamente fantásticas, no siempre me era fácil distinguir unas de otras.

Y todavía no he mencionado otros dos aportes al cúmulo de figuraciones que inundaron mi mente infantil. Uno muy principal fue el de las brillantes películas en blanco y negro de la época, que desde luego hacían un contrapunto brutal con la realidad española de los años de la posguerra. Mis padres eran muy aficionados a esa clase de cine, sin duda para espantar la miseria y olvidarse un rato del panorama que tenían por delante. Cuando empezaron a llegar las películas del neorrealismo italiano, ya por los cincuenta, con aquella gente desarrapada, tratando de sobrevivir a la otra tragedia, la de la Segunda Guerra Mundial, mi padre se sublevaba: «¡De eso ya tenemos bastante aquí!». Y aquí hablo con conocimiento de causa, pues yo era habitual acompañante en aquellas fugas al paraíso encapsulado de la pantalla, sin importar que fueran películas perseguidas por la feroz censura eclesiástica. Esto a mis padres les importaba un bledo. Ellos siempre encontraban la manera de colarme en el cine, pensando, en su santa ingenuidad de adultos mal informados, que yo no entendía nada, como cuando se contaban las anécdotas galantes de la familia. Algo parecido volvería a ocurrir con la segun-

da de esas otras aportaciones narrativas, que ya se van acercando: las historias de *La Guerra*.

En suma, que la configuración primera de mi imaginación estuvo hecha de un excitante compuesto —tal vez debería decir un fértil descompuesto—, en el que los viajes a Manila de mi bisabuelo, semejando relatos orientales, convivían con aquellos otros de la misteriosa tradición oral y con las bellezas estratosféricas de Hollywood; las Ingrid Bergman, Greer Garson, Rita Hayworth, Joan Fontaine..., de todas las cuales mi padre debía de sentirse secretamente enamorado, y creo que yo también.

II

El padre (1)

EL BUENO DE MI padre, Antonio Rodríguez Massa. Todavía en los recuerdos de los mayores de Alcalá de Guadaíra, nuestro pueblo, aparece como un hombre esencial e insobornablemente bueno. «Una bellísima persona», repiten unos y otros. Había venido al mundo en 1904, al extremo de aquellas grandezas, que culminaron —ya lo habrán intuido ustedes— en la más completa ruina. Hasta el punto de que él acabó siendo un humilde panadero asalariado, de los muchos que había entonces en las más de cincuenta panaderías del pueblo, las que abastecían del básico alimento a la capital, Sevilla. Así se ganaba el sustento, y el de su mujer y sus cuatro hijos, el penúltimo nieto de todo un *virrey*. Con enormes dificultades, día tras día, o mejor, madrugada tras madrugada. Mientras los demás miembros de la familia dormíamos, él se afanaba en extenuantes jornadas nocturnas, para sacar adelante a la prole, en aquellos años de carestía de lo más básico, la que trajo la dictadura, como consecuencia inmediata de su fechoría. Yo recuerdo a mi padre ya con ese aspecto, el de un humilde maestro hornero, con ropa gastada de trabajo. Algo que en mi mente contrastaba poderosamente con otra imagen, la de un muchacho elegante, en fotografías de juventud, traje negro, camisa inmaculada, pajarita y zapatos relucientes. Ahora, en cambio, de regre-

so del colegio, me lo topaba muchas noches, él con su cena medio disimulada en un pequeño envoltorio, yo con mi cartera de pocos libros y cuadernos. Nos dábamos un beso fugaz y cada cual seguía su camino, él a paso ligero hacia un duro oficio, que siempre creyó provisional, yo entretenido con amigos y compañeros que, más que volver del colegio, celebrábamos todas las noches la escapada de aquel infierno de los curas.

En ese trayecto a nuestras casas, algunas veces nos cruzábamos con una peculiar comitiva, compuesta por el cura de mi parroquia, el alcalde y el teniente de la Guardia Civil. Los tres salían a pasear a esas horas, simplemente para que nadie se olvidara de cómo había quedado constituido el nuevo poder, el que ellos, y otros como ellos, habían usurpado violentamente a la República. Del alcalde, algo tendré que decir más adelante, pero, por esos años a los que ahora me refiero, ya no era un falangista, el primero que hubo después de la Guerra, y del que también hablaré. Del sargento de la Guardia Civil, ni me acuerdo. Pero del cura sí quiero contar algo. Como no le es favorable, me ahorraré su nombre, siguiendo la tónica dominante en este relato, que es no nombrar a los personajes que directamente nos perjudicaron, a mí o a algún miembro de mi familia, salvo que sea imprescindible para la comprensión de lo ocurrido. Otra cosa no merecen.

Aquel cura era un tipo regordete, algo amanerado y rico por su casa, cosa siempre extraña entre clérigos españoles. Tenía una hermana tonta —primera demente de esta historia—, que solía estar sentada en un balcón de la casa parroquial, babeando al paso de la gente y profiriendo confusas peroratas. Ni que decir tiene que los niños del barrio, tan bondadosos como de costumbre, nos divertíamos metiéndonos con ella, a ver si entre sus réplicas entendíamos algo. Ni por esas. Cuando yo no tenía más remedio que pasar solo por debajo de aquel balcón, lo hacía deprisa y corriendo, desplazándome hacia

el eje de la calle, no me fuera a caer encima aquel repulsivo efluvio, o que la pobre mujer acertara a convertir en insulto su incomprensible verborrea. Tal vez su hermano, el cura, pensaba que con esa lastimosa carga que su Dios le había mandado quedaba exento de ocuparse de las desdichas ajenas. Y autorizado, por modo de compensación, a disfrutar de su fortuna personal. En plena escasez, a finales de los cincuenta, se compró un descomunal coche norteamericano, de importación, un *Desoto* negro, precioso, que todo el mundo se paraba a admirar y que era conducido por un sobrino, al que se atribuía la propiedad del vehículo (todo el mundo conocía la verdad). Este llevaba de un lado para otro a su tío, que repartía gestos amables, cuasi bendiciones, desde la comfortable penumbra de aquel *cochazo*, como se decía entonces.

Por las noches, sin embargo, el párroco gustaba de pasear a pie, por el centro del pueblo, pero no solo, sino flanqueado por aquellas otras dos autoridades del momento. Era con ese triunvirato con el que nos cruzábamos mis amigos y yo muchas de aquellas noches. Con la temeridad y la inconsciencia propias de los pocos años, pero obedeciendo a una especie de aversión natural, nos daba por mostrar un fingido acatamiento a los tres personajes, haciéndoles una leve reverencia, a cierta distancia, claro. Alguna vez el cura blandito nos correspondió de la misma manera, añadiendo una sonrisa beatífica. El alcalde y el sargento, no tanto, seguramente escamados de que unos simples mozalbetes se pararan a rendir semejante pleitesía. Una noche, uno de nosotros llevó la guasa un poco más lejos, como fue doblar ligeramente una rodilla, a manera de genuflexión, ante los tres gerifaltes. Esto provocó que los demás saliéramos de estampida, corriendo en distintas direcciones, muertos de risa. El curita nunca pareció percatarse de la zumba que nos traíamos a cuenta de él y del flamante poder establecido. Se veía al hombre tan dichoso... Y segu-

ramente tan ufano, según supe después, por haber estado escondido en la leñera de una de aquellas panaderías, durante tres dramáticas jornadas, las del 19 al 21 de julio de 1936, cuando en el pueblo se formó un *comité revolucionario*, que fue quemando iglesias —sin matar a nadie— en respuesta a las barbaridades que ya se sabía estaban cometiendo en Sevilla los militares traidores, desde el mediodía del 18. Lo mismo que ocurrió en muchos otros lugares de España. Hoy tendemos a pensar que fue un error estratégico, que solo sirvió para alimentar los argumentos de la derecha, y probablemente sea cierto, en términos históricos. Pero a renglón seguido hay que decir, parafraseando a Salvador de Madariaga, que en la rabia y el hambre de los pobres solo mandan los pobres.

A ese *mérito de guerra*, el curita unía el de ser muy amigo de un arzobispo de Sevilla que llegó por aquel entonces, enviado por el Vaticano, de añadidura a la diócesis, para contrarrestar la furia del titular, el ultramontano cardenal Segura, que se la tenía jurada a Franco por haber arrebatado, según él, el poder de la monarquía, no el de la República. Al arrimo de ese prelado subalterno, el cura alcalaño prosperó en el cabildo de la catedral y llegó a ser deán, algo así como jefe de canónigos. (Un apunte analógico: el cardenal Segura llamaba a Franco «Jefe de bandidos»). Allí se le viera, en años posteriores, por aquellas imponentes naves, revestido de espléndidas galas eclesiásticas, repartiendo órdenes y bendiciones. Completamente feliz el hombrecillo, según su costumbre.

Por más que investigo en mi memoria, no veo que ni mi padre ni mi madre tuvieran el menor trato con ese cura, que, sin embargo, era el titular de nuestra parroquia. Sí lo tuvo mi hermano Fernando, aunque fue bastante después, en un momento especialmente crítico. Pero eso lo dejaremos para más adelante, cuando otro contexto le preste mayor sentido.

III

La madre (1)

EN CUANTO A MI madre, ella sí procedía de una auténtica familia trabajadora, al completo. Joaquina Almodóvar Calvo había ejercido de modista para la calle. «Cosía para *lo mejor* de Alcalá», me dijo muchos años después mi prima Emilia, la hija única de tía Teresa, la mayor de las hermanas de mi madre. En su juventud, y también en los primeros años del matrimonio, Joaquina se ayudaba así para hacerle frente a los nuevos tiempos de la dictadura y aliviar las necesidades del hogar. Una época extremadamente difícil para los que habían tenido la relativa suerte de sobrevivir a *la Guerra*, sin otra cosa que sus manos. Tan difícil que, en un determinado momento, mi madre decidió volverse ciega. Así, tal como suena. Mi hermano Fernando, que había nacido en 1938, en plena contienda, aún tiene un vago recuerdo de aquello. Yo no lo he sabido hasta hace bien poco, cuando también me lo contó la prima Emilia. Fue una ceguera histerica, que duró unos meses, y que debió de revelarle a mi padre hasta qué extremos podía llegar la situación en la que se estaba poniendo a las personas sencillas; sobre todo, a las que no tenían forma alguna de defenderse, como no fuera apelando a la locura misma. El caso de mi madre llegó a ser muy conocido en la vecindad. Se cuenta que se asomaba al balcón para ver llegar a mi padre, aunque ella